

Nicolás Barona



**LAS LOMAS
NO
EXISTEN**

Arando Tierra y Palabra



Prólogo



Hablar del problema de las drogas es hablar casi exclusivamente de personas, sociedades y políticas en casi cualquier otro sitio; hablar del problema de las drogas en Colombia, en cambio, es tarde o temprano hablar también sobre la tierra. O para ser más exacto, del histórico problema agrario de la concentración de su propiedad, y el conflicto rural del país. Aunque no muchos, cada uno de los intentos de Reforma Agraria supuso, al mismo tiempo, la comprobación de su necesidad y la constatación de las profundas y casi congénitas causas que han impedido su éxito, no ya decir su sola aplicación.

El primer gran intento de intervención estatal sobre la propiedad de la tierra que registra nuestra historia fue el de la Ley 200 de 1936, durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo. La Ley, sin embargo, estaba destinada a no dejar pronto más que su cascarón vacío. Y las formas que ese destino tomó, por su parte, anticiparon las que tomarían el éxito y sobre todo el fracaso de los futuros intentos de Reforma Agraria. Las élites terratenientes afianzadas desde el siglo anterior se opusieron, y los intereses políticos sujetos a la conservación de la tierra y su propiedad lograron que no se implementaran, más que a manera de simulacro, políticas como la de extinción de dominio sobre tierras que se mantuvieran inexploradas por sus propietarios. Más tarde, leyes como la 135 de 1961, durante el gobierno de Lleras Camargo, o la 1ª de 1968, durante el de Lleras Restrepo, se encontraron siempre con contrarreformas que, emitidas desde instancias oficiales, pero sobre todo desde los más antiguos y arraigados bucles de nuestra historia, obstaculizaron también cualquier avance importante en sus políticas.

Como adultos que crecen conservando con agobiada dulzura sus traumas infantiles, desde hace mucho atrás el país supo acerca de sus motivos, y desde hace mucho atrás, también, prefirió ignorarlos. Porque del mismo modo, grandes estamentos de la sociedad colombiana prefirieron siempre negarse al displacer que les habría supuesto participar del bien general, en aras de conservar propios y seguros sus territorios. Sólo que se comete otro gran error histórico cada vez que se señala sólo a esos estamentos de propietarios al hablar del antiquísimo problema agrario: el error consistente en la tradicional costumbre colombiana por señalar responsables a otros, para exculparse de toda responsabilidad sobre nada, y poder seguir de

rumba.

Consecuencia de redistribuciones de tierras pobremente implementadas a causa de mil opositores – pero sobre todo, a causa de la acumulación de los más grandes y valuados terrenos en el interior del país – las tierras más baratas, las más insignificantes en interés político, aquellas que tomaron los campesinos y que luego se emplearían en zonas de cultivos vinculadas al narcotráfico, fueron las de la periferia. La misma periferia que, formando otro país dentro del país, ignoran o no conocen más que en cifras los habitantes de las grandes ciudades. Ignorancia y desconocimiento ciudadano que junto a la oposición de grandes terratenientes y el interés de otros muchos, son la otra gran y silenciosa causa del fracaso o deficiencia de cada intento de Reforma Agraria en el país. Pues así como las dinámicas del comercio capitalista contemporáneo nos entrega el producto, impidiéndonos saber apenas nada sobre las condiciones humanas de su fabricación, nada sabemos o no mucho más queremos saber además de noticias cuando, en medio de algún momento de folclor nacional, el producto de matas cultivadas en una de las tantas regiones periféricas entra en nuestros cuerpos junto a la tierra de la que brotó, junto a la tierra sobre la que se secó, y de la que mucho hablamos sobre sus habitantes y destinos, pero de la que apenas nada sentimos como nuestro.



Las lomas no existen



Puedes hacer el recorrido que desees, pero antes que se ponga el sol debes regresar al sitio de donde partiste.

Toda la tierra que cubras será tuya.

¿Cuánta tierra necesita un hombre?, Tolstói

Todo lo que le ocurra a la Tierra, les ocurrirá a los hijos de la Tierra.

Carta al presidente Franklin Pierce, Jefe Seattle

I

Tres disparos hondos subieron por el conducto del elevador, llenando el aire con un eco abismal. Luego de surcar todo el espacio desde allí, estremecieron las pulcras paredes blancas y, tras estrellarse frente a cada puerta con detección óptica, finalmente entraron bajo la hendidura de la suya para despertarlo sobre su amplia cama de tendidos blancos. No habían sido los gatos. No fue ningún dispositivo encendido a destiempo. No pudo ser el despertador del iPhone: anoche lo había puesto en silencio. Pero sobre todo, de ninguna manera pudo tratarse de la esposa levantándose de la cama para entrar al baño y comenzar a arreglarse, antes de que el tiempo se le hiciera corto para salir al trabajo. La mujer no estaba a su lado, ni en ninguna parte.

Su primer impulso fue erguirse para buscarla, pero como su primera impresión todavía era la de los disparos cuyo estruendo seguía girando dentro de la amplia alcoba, su única reacción fue quedarse por completo inmóvil. A decir verdad, no supo de qué podía tratarse. Faltaban días para la alborada navideña, el desfile de Halloween había pasado hacía semanas, y la estridencia que los tres disparos dejaron en su pecho no se parecía en nada al ruido de algún borracho pasando frente al edificio, ahí abajo en la calle, normalmente sin ningún otro motivo que disparar sin más por mero impulso de ebriedad.

Encendió el teléfono. Entró a X, a Instagram, miró en Facebook y después de un rato consultó en el buscador de Google. Tampoco en el grupo de vecinos nadie pareció percatarse de los sonidos que, aunque ya se habían esfumado, todavía le perforaban los oídos con la acción del miedo. No encontró más que noticias sobre los últimos clasificados al Mundial, unos cuantos memes de los cuales ya había visto varios antes de dormirse, y los típicos mensajes de buenos días en el grupo familiar. Irguiéndose de un salto, se quedó mirando al tocador frente a la ancha cama blanca cuyo espejo le devolvía su reflejo, al igual que al aire translúcido, ahora lleno del silencio desértico que sucede a los estruendos. Pero de repente, mirando hacia ninguna parte en especial, recordó a la esposa ausente mientras

otros seis disparos invadieron el silencio de la alcoba, sólo que ahora aparentando no provenir desde el interior del edificio, sino subir por la dirección de las ventanas. Dos gritos consecutivos, “¡lo tumbé, lo tumbé!”, parecieron venir desde el fondo de la calle seis pisos abajo, dos gritos a los que de inmediato respondieron otros tres disparos que de nuevo taladraron el espacio antes vacío, hasta ir a posarse a su pecho estremecido.

Una sucesión incontable de gritos continuó tras ellos. No eran los gritos del comprador de chatarra, ni del vendedor de pan. Tampoco los llamados del único viejo vendedor de prensa que todavía pasaba por el sector. No eran esos gritos. Se parecían más a los que sólo había escuchado en las películas bélicas que a veces miraba junto a su pareja, delante del televisor de 70 pulgadas, esperando el pedido de pizza que varios días a la semana subían hasta su puerta. Pero nunca los había escuchado en persona, y mucho menos cuando, dando la impresión de ascender cada vez más por el elevador, los gritos comenzaron a escucharse en su piso, casi junto a su puerta, sumados a un alboroto de insultos seguido de más gritos, botas y sonidos metálicos. Lanzó el iPhone a un costado de la cama, y se arrojó al suelo. Sin saber primero qué hacer y luego reaccionando sólo por la idea de su esposa, se desplazó a rastras desde la posición contigua a la cama en la que estaba. Pero enredadas a uno de sus pies, al arrastrarse sintió que todas las sábanas blancas de la impecable cama se derramaron en el suelo, como un trapo cualquiera.

“¡Se lo pegaron en el cuello, se lo pegaron en el cuello! Arrancate un pedazo de camisa, pero movete”, gritó una de las muchas voces que sonaban como si estuvieran justo detrás de la puerta. Entretanto, los gritos dejaron de ser gritos para convertirse en una especie de mugidos ahogados, en algo así como un gorjeo líquido. “Hijueputa, ¡no da abasto! Tocale a alguna puerta, acá en esta rápido, que algún vecino abre”. Y al mismo tiempo que los disparos afuera recomenzaban y que su mente, no pudiendo atender a tantos pavores simultáneos, era incapaz de enfocarse en ninguno, sonaron cuatro golpes secos en la puerta, tan fuertes como si hubieran estado a punto de echarla al piso. “¡Vecino, vecino! Déjenos meternos que acá nos tumbaron a uno, ábranos ya mismo, que si no nos metemos nosotros”.

Durante un instante, no logró hacer más que quedarse con la barbilla pegada al suelo alfombrado, mirando alternativamente a una pata de la cama a su derecha, y al escritorio con la Mac que había olvidado apagar del todo la noche anterior. Habría podido correr y esconderse en una de las cuatro habitaciones por completo innecesarias para una pareja que vivía sola, en un apartamento de 200 metros cuadrados. Le habría sido posible callar, fingir que no había nadie. Pensó en llamar a recepción, o en marcar al número del cuadrante cuyos motorizados no solían hacer más que pasearse todo el día, arriba y abajo, entre el río y los edificios. Propulsado por el ímpetu del pánico, también habría podido levantarse de un salto y buscar a la esposa, quizá oculta en medio del temor al igual que él, en alguno de los cuartos.

Pero en su lugar, no hizo mucho más que leer los tres diplomas en la pared del costado derecho, “Fabián Ojeda Prieto, doctor en Ciencias Políticas”, antes de volcarse violentamente hacia ellos, arrancarlos y lanzarlos debajo de la cama. No supo bien por qué. Una vida de estudiar la guerra en su país debió prepararlo para ese momento, pero un summa cum laude desarrollado en salas límpidas y otorgado entre efusivos aplausos le había permeado el cerebro de historia, pero no le había templado la sangre con ella, si es que tal cosa era posible. Y la sangre caliente que recorría su cuerpo no estaba lista cuando seis patadas consecutivas de botas pesadas dieron contra la puerta y, a pesar de todas sus medidas de seguridad, la tiraron abajo sobre el suelo alfombrado, que amortiguó el golpe.

Alelado, con su sangre dando un abrupto tumbo del hervor a la gelidez, quedó mirando el corto deslizamiento que la puerta siguió desde el punto en el que cayó hasta impactar en uno de los enormes espejos en el que se miraba al despertar, y delante del que su esposa se arreglaba antes de salir cada mañana en el BMW cuyo interior no era más que una prolongación del apartamento, para protegerla del aire de su propio país. El espejo de vidrio reforzado no se quebró a la primera. Pero sí lo hizo cuando las mismas botas que habían arrancado la puerta del marco entraron a su casa, alzaron el cristal con una de sus puntas, y de una patada hacia un costado lo enviaron contra la puerta del baño a unos tres metros, donde el sonido de su ruptura se mezcló al ruido del herido cuyo gorjeo gutural y líquido de

pronto adquirió imagen, ensuciando el piso con manchas de un rojo escarlata que la empleada del servicio sin duda sería incapaz de limpiar.

Otros dos hombres que cargaban largos fusiles sujetos a sus hombros por correas negras arrastraron al herido adentro, lentamente, pero con urgencia. Un tercer hombre sujetaba un gran trapo húmedo de pasado indistinguible, porque en todo el amplio espacio circundante el único color que se le equiparaba en intensidad – y también en tono – era el de la franja roja en la bandera que rodeaba su brazo derecho, bajo la amarilla y la azul. Asegurándose de haber despejado todo el espacio posible para el herido, el cuarto hombre y dueño de las botas se quedó mirando al espejo roto y desperdigado en un costado, se limpió la sangre de las manos con la punta de un trapo sucio que sacó de un bolsillo lateral, se secó el sudor de la cara con la punta contraria, y después de mirar a Fabián con odio y de arriba a abajo, le dijo: “Cuando te decimos que abrás tenés que abrir, hijueputa. Somos del brazo armado de Toribío, y por malparido acá no volvés hasta que no nos hayamos ido. Salite o te quemó”. Por unos segundos, los ojos se le convirtieron en cánicas, casi inmóviles, pasando de mirar al herido que ahora tosía y escupía a mirar el rostro del que lo había amenazado. Mientras tanto, uno de los otros se disponía a tomar la sábana blanca del suelo para envolver el cuello del herido cuyo rostro comenzaba a azularse, sobre la alfombra ahora roja.

Pero antes de que tuviera tiempo para recibir respuesta a dos preguntas tímidas, “¿Qué?... ¿Toribío?”, el cuarto hombre tomó la culata de su fusil, la dirigió contra su hombro derecho en una embestida súbita, y agarrándolo del mismo hombro mientras se quejaba de dolor, lo desplazó desde el punto en que se encontraba de pie hasta el marco de la puerta, como a una marioneta deshilachada de sí misma. Lo último que vería de su apartamento hasta dentro de unas horas fue la gran ventana por la que se podía mirar a la calle seis pisos abajo. En sus cristales sin romper no habían dejado de temblar los disparos que ahora sabía de fusil.

Se revolvió sobre el suelo fuera de su apartamento que – eso quería creer – sólo durante algunas horas dejaría de ser suyo. Cuando una vez expulsado de su interior vio al cuarto hombre desatenderse de él, girarse y desaparecer del marco

vacío de la puerta, la imagen de la alfombra y la sábana manchándose de rojo fue reemplazada por el dolor agudo en su hombro derecho, que comenzó a sentir como si hubiera recibido un disparo. Todavía aguardó un momento antes de irse mientras veía al segundo y tercer hombre intentar atender al herido, que ya no se movía, ni gritaba, ni emitía sonido alguno. Y tampoco ningún grito, voz ni ruido que pudiera relacionar con su esposa escapó desde el fondo de su apartamento, por cuyas habitaciones al parecer el cuarto hombre se paseaba. Para sí mismo, se dijo más con la pura sensación del horror que con palabras que, a lo mejor, ella había salido horas antes para alguna reunión imprevista, había logrado evadir el momento del combate y se encontraba en ese momento completamente ileso, en alguna parte sin GPS ni 5G. De inmediato, la explicación le pareció por completo estúpida. Pero cuando el cuarto hombre de pronto reapareció de espaldas en el marco de la puerta, se levantó a pesar de su hombro, y aún sin saber lo que encontraría abajo entró al elevador, luego de oprimir el botón.

Hizo lo que pudo para no mirar al suelo color rojo bandera. Nadie habría pensado nunca que el elevador apartado para el uso de los residentes llegara un día a destinarse para el uso de la guerra. Desde luego, la música ambiental que sonaba por el parlante desde una esquina superior no armonizaba en absoluto con los disparos que lo habían despertado, y que primero habían subido por el conducto por el que ahora bajaba. “Sin duda, pensó, ya desde hace un rato lo que está pasando en la ciudad debe estar en todos los noticieros”. Más que el miedo, la perplejidad le impidió pensar en nada mientras el elevador descendía, y luego de un momento indicaba el primer piso. Al tomar conciencia de que no tenía la menor idea de lo que encontraría delante cuando las puertas se abrieran, su temor se multiplicó, ensanchado como una telaraña sobre su corazón, al que apenas ahora pudo notar martilleando contra sus costillas. Pero al mirar a sus pies, el horror dejó paso a cierta hipnosis, a cierto embotamiento de sus sentidos, cuando notó reflejado el blanco de las luces led encima de su cabeza sobre el nuevo tapiz rojo que el personal de mantenimiento no había puesto allí.

II

La luz oblicua de las 7 de la mañana lo cegó durante un instante, cuando la apertura del elevador lo colocó ante el incendio del primer sol del día. Desde allí abajo, los disparos ahora se escuchaban a lo lejos, como si bajar pisos hubiera significado también moverse kilómetros. Y en medio de ese estado de ceguera que lo hizo percibir primero con el oído que con los ojos, lentamente su mirada se adaptó al naranja de un amanecer que no era el de Cali. Porque despertando por segunda vez en el mismo día, al abrirse las puertas y alcanzarlo la luz se encontró no delante de la recepción de su edificio, que había visto mil veces, sino delante de la sala de ladrillos pelados y sin repellar de una casa que no había visto nunca. Extraño como pudo parecerle, el ambiente doméstico que acababa de encontrar le aceleró el corazón más que si hubiera topado con diez cuerpos delante suyo, o alguien apuntándole de frente. Las paredes tenían aquí y allá pequeños cuadros familiares, imágenes genéricas de ciudades extranjeras y, en su mayor parte, líneas grises de hormigón y recuadros naranjas de ladrillos. Del lado derecho había una mesa de madera con las patas llenas de arañazos de gato, y los bordes pelados. Encima, había un televisor pequeño, y algunos vidrios sencillos de decoración. Del lado izquierdo, a su vez, vio un mueble pequeño junto a una silla blanca de plástico. No había nadie.

Mirando en torno desde el elevador abierto, no escuchó otra cosa que su respiración y ráfagas intermitentes de disparos lejanos, durante momentos que le parecieron interminables. Desbordando las ventanas de la casa que miraba con espanto, la luz naranja seguía regando todo el suelo hasta sus pies. Y exactamente delante suyo vio también la puerta del lugar desconocido, negra y abollada; exactamente la misma puerta que mientras su perplejidad le aprisionaba la garganta, comenzó a sonar con seis o siete golpes secos, que se sucedían sin parar. Golpes alternados con gritos, como alguien que quisiera dar una noticia urgente.

“Argemiro, muévale que eso allá está prendido y en dos horas nos llegan pa’ entregar eso. Muévale que nos vamos”. El elevador comenzó a cerrarse. Pero raptado por

una reacción eléctrica, no supo por qué oprimió un botón para impedir que lo hiciera por completo. Quedó viendo hacia la puerta negra a unos metros enfrente suyo, sin que los gritos llamando por Argemiro dejaran de escucharse en ningún momento. Un perro comenzó a ladrar afuera, y acto seguido por lo menos otros tres lo acompañaron entre un concierto de ladridos cercanos y disparos a lo lejos. Pero tampoco supo por qué, considerando que nunca había visto esa casa, a pesar de que el elevador seguía abierto y aunque cada vez se convencía más de que todo no era más que una pesadilla, sacó un pie fuera del elevador, se agarró el hombro herido con una mano, sacó el otro pie, se abalanzó hacia la puerta como si la hubiera conocido toda su vida, y la abrió.

Una ráfaga de luz naranja entró por el espacio abierto de la puerta, acompañada de los ladridos y de las palabras de quien, ahora lo descubría, lo había estado llamando precisamente a él. “Jueputa. Se le pegaron las cobijas o qué. Yo le avisé que se estuviera atento, que hoy de pronto amanecía prendido y nos tocaba pegar pa’ allá a sacar eso rápido. Métase ya que nos vamos”. El hombre se giró de inmediato hacia una camioneta pequeña de color bermellón pálido parqueada justo enfrente de la casa, abrió la puerta, echó abajo la silla del conductor oprimiendo una palanca, la deslizó hacia adelante y se lo quedó mirando con impaciencia. “Pero muévale pues marica, métase ya que nos vamos”.

La avenida 4 oeste que subía junto al río era toda idéntica. Las mismas calles alternas de la Normandía que conocía, sus trazados y sus andenes. Pero en lugar de altos edificios, había aquí y allá una que otra casa que, sumadas en conjunto, conformaban el aspecto de las periferias de un municipio que tampoco había visto nunca. En los sitios donde deberían alzarse más torres y conjuntos cerrados, donde debía estar el Cerro de las Tres Cruces y los demás a su alrededor, ahora vio lomas cuya geografía dejaba adivinar cañones que no podían verse, pero que se inferían de sus contornos, de sus siluetas recortadas contra el cielo. A partir de cierto punto, el tramo pavimentado pareció terminar, y la parte trasera de la camioneta cuyo pequeño espacio compartía con otros tres hombres comenzó a agitarse de un lado a otro. Uno de ellos estaba sentado justo enfrente suyo, se lo quedó mirando con una sonrisa de extrañeza, sacó varias tiras rasgadas de ropa del interior de un

maletín manchado con barro, y se las pasó. “Envuélvase esos dedos, que ahorita nos va a tocar raspar bravo. 10 roas en dos horas entre los 5, me dijeron... ¿10 es que son, Wilder?” “10 o por ahí. Más o menos tampoco es malo. No le ganamos ni mierda, pero es pa’ quedar bien con esa gente”.

El hombre que había preguntado cuántas roas debían ser comenzó a envolverle él mismo los dedos, ya que después de pasarle las tiras no había hecho más que quedarse viéndolas con desconcierto. “Vea este huevón, se levantó como trabado. Qué le pasa Argemiro, hermano. Ni saluda y encima entra con la ropa de estar en la casa”. Los otros cuatro hombres rieron a carcajadas. Estaba helado, sin capacidad ninguna de reacción. No pudo ni supo qué responder de inmediato. Miraba a sus dedos ser envueltos uno tras otro con un fin desconocido, y entre el sonido de la tierra rozando las llantas, perros que cada tanto ladraban por el camino y la risa de los demás, no pensó lo suficiente cuando las primeras palabras que se le ocurrieron pronunciar no fueron otras que: “Pero... No estamos en Cali. Esto no es Cali”.

En el interior de la camioneta, los 4 hombres prorrumpieron en una nueva carcajada. Con los dedos de sus manos también envueltos en telas de varios colores, los hombres alternaban entre golpearse sus rodillas con las palmas de las manos, y la espalda de la persona más cercana. Uno de ellos tuvo que esperar hasta dejar de reír para poder hablarle. “Argemiro, hermano. Cómo así. ¿Pero usted sí durmió anoche? ¿Me lo trasnocharon? ¿Mucha rasca?” El hombre que antes le envolvía cada dedo como anillándolo para otro tipo de matrimonio, ahora lo miraba con expectativa luego de haberle hecho la pregunta. Pero de nuevo, no sabiendo muy bien qué decir, sólo respondió: “... Mucho ruido. Los disparos... Me despertaron muy temprano. Nunca había pasado... esas cosas no pasan acá... se nos metieron al edificio”. Y al acabar de decir estos balbuceos, se quedó mirando su propia mano, aunque en realidad su percepción no estuviera centrada en nada más que el sonido de las piedras saltando en el camino, a causa de la fricción contra las llantas al pasar. Todos los hombres rieron todavía más fuerte que antes. “A usted lo que le falta es sueño. Como que apenas le hubiera tocado despertarse por un combate, bobo marica. Uno nomás se echa a dormir. Se envuelve con las cobijas, hace de cuenta que son pájaros, y cierra los ojos. Como toda la vida. Entre más viejo más

huevo, Argemiro”.

Pero no tuvo tiempo de contestar, y tampoco de espabilarse, porque a pesar de que entre más subían por el camino más lejos se escuchaban los disparos, en ese momento la camioneta comenzó a detenerse y, por entre la ventanilla pequeña y sucia de un costado, distinguió la silueta de tres hombres uniformados con cintas y fusiles colgados de los hombros, como los que habían entrado a su casa. La camioneta se detuvo del todo. Los otros tres hombres sentados a su lado y enfrente dejaron de reír, pero sin dejar de conversar. A uno de los uniformados se lo vio acercarse a la ventana del conductor, inclinar la cabeza para mirar dentro, y entonces alejarse entre risas cuando a su pregunta de “por qué ese está empijorado”, el conductor contestó: “los tiros me lo pusieron a madrugarse”. Uniformados y raspachines rieron en unísono, todavía más. El hombre se retiró del todo de la ventana, sostuvo una conversación corta con el conductor, y los dos se despidieron entre bromas. La camioneta reemprendió el camino, y el gorjeo seco de las piedras volvió a sonar.

Por primera vez, el miedo lo hizo reaccionar; o más bien darse cuenta del espacio alrededor. Cuando se hubo cerciorado de que los uniformados estaban lo bastante atrás como para no escucharlo, recorrió la mirada por los ojos de los demás hombres, y comenzó a mover los labios entre balbuceos. “Pero si esto no es Cali... ¿aquí no se firmó un Acuerdo?... ¿aquí no había paz?” Si esta vez no siguieron riendo igual que en las ocasiones pasadas, fue porque ya les dolía el abdomen por haberlo hecho tantas veces. El conductor tuvo que parar por un momento, ahogado como estaba. “Le está pegando duro el guayabo, ¿no Argemiro?... ¿Cuál Acuerdo? ¿Cuál hijueputa paz? Nosotros vamos es a raspar. Ya es hora de que se vaya despertando, mijo”, respondió uno de los otros. “Si quiere se queda durmiendo aquí un rato, que ya me tiene es preocupado”, añadió otro más. “No, dormir pa’ más tarde. Tenemos que hacerle todos a la vez para sacar esa vaina rápido, así haya uno enguayabado”, se sumó el conductor, mientras volvía a acelerar sobre el camino empedrado, que pronto empalmó con dos delgadas líneas pavimentadas justo debajo de las ruedas, como dos rieles de cemento. “Ya llegamos... Movámosle pues”.

III

El conductor abrió su puerta, y salió. Repitió el procedimiento de bajar el asiento y deslizarlo hacia delante. Entonces todos saltaron por encima, y salieron por la misma puerta. El sol ya no era naranja. El verde color coca de lomas que no conocía lo sumió en un asombro inédito, cubriendo ante sí todo el dominio del espacio circundante. El sonido de los disparos ya no sonaba más que como explosiones remotas, más o menos como los totes que los de las laderas o Bellavista quemaban cerca a su edificio en diciembre. Pero no se veía ningún edificio en ninguna parte. El hombre que antes le envolvía los dedos ahora lo apretó del hombro, y lo instó a caminar detrás de los demás. Hizo un gesto de dolor. “Me duele mucho el hombro”, le dijo. El hombre lo quedó mirando con una sonrisa ladeada. “Pero no como estas ampollas, pa’ que no se me queje”, le respondió, enseñándole entonces las palmas castrosas de sus manos, cada una con peladuras del tamaño de huellas dactilares en los bordes. “Ya vio. Vamos”, dijo.

Al llegar a una caseta de madera, le pusieron varios costales vacíos sobre los hombros. “Si quieren entrar al baño pa’ algo, es ya. Háganle”. Les dijo el que antes conducía, sin dirigirse a ninguno en específico. El de las ampollas se dirigió hacia un costado de la caseta, y el que ahora llamaban Argemiro lo siguió, más por no saber dónde ponerse que por necesitar del baño. Esperó allí de pie frente a una puerta de madera pelada, con hoyuelos de polilla. Se acomodó los costales sobre los hombros, y pensó en su esposa. “No es más que un sueño muy largo. A veces pasa que uno es consciente de estar soñando, pero es tan vívido que cuesta despertarse. En cualquier momento me va a entrar el vértigo de estar cayendo, y voy a abrir los ojos. No puedo tomarme esto muy en serio. Toribío ni nada de esto existe para mí. Yo estoy durmiendo en Cali. Yo estoy durmiendo en...” El hombre salió del baño, le dijo “hágale”, y Argemiro entró, cerrando la puerta tras de sí.

El sol entraba por las hendiduras en las paredes de madera, y el techo de zinc que relumbraba sobre su cabeza, como un dios metálico y ordinario, multiplicaba el brillo sobre ella. Había suficiente luz. De hecho, había más que la suficiente

para darse cuenta de que, al ver su imagen en el espejo sobre el lavamanos sucio de tierra, al cerciorarse de la realidad ineludible que le devolvía su reflejo, lo que encontró no fue más el rostro del celebrado académico con el que solía reconocerse, sino las líneas, los tonos y facciones de una persona indígena. Exactamente como aquellos en los rostros que algunas veces vio en algún curso relacionado con asuntos étnicos durante su pregrado, o como los que veía continuamente en noticias y post de red social sobre el conflicto allá en el campo, en municipios de nombres extraños, demasiado lejos como para preocuparse al respecto, a suficiente distancia de su séptimo piso y su trabajo como para poder votar tranquilamente al No, más por escándalo moral y pudor político que por haber estado allí nunca. Su única preocupación diaria al despertar y verse en el gran espejo – ahora estaba roto – era afeitarse luego con su Gillette.

Pero en ese momento, no supo qué hacer con su propia imagen. Turbado y frío a pesar de los 33 grados bajo el zinc, parpadeó como si hacerlo fuera a limpiarle los ojos de la suciedad que había ido a posarse en ellos, bajo el aspecto de un nuevo yo. Entonces sintió que ya era momento de acelerar su despertar, y se apretó el hombro dolorido. Pero sólo le dolió más. Los ojos desorbitados, mirando al reflejo de su propio pasmo, yacían inmóviles ante sí mismos. Entre tanto, y aunque ya parecía menguar, el sonido remoto del combate y también todo cuanto veía, escuchaba y sentía estaba ahora demasiado cerca – más cerca de lo que estuvo nunca de su vida – como para pretender desconocerlo.

La impresión gélida e incontestable de su reflejo le impidió decirse nada al respecto. Si esta nueva realidad se obstinaba en prolongarse tanto, se dijo, más valía adecuarse a ella, en lugar de resistirse. “Este marica de Argemiro se quedó dormido en el baño. Tocale”, dijo uno de los hombres desde afuera, “o mejor abrí la puerta y sacalo, que ya estamos agarrados de tiempo”. Entonces el de las ampollas abrió la puerta, y se sorprendió al encontrar a Argemiro no dormido, sino de pie y mirándolo fijamente con una lucidez que no se le había visto en toda la mañana. Argemiro salió por sí mismo. Se acomodó los costales en los hombros, y salió disparado como una flecha, o un tiro de fusil, hacia los cultivos color verde coca iluminados por el sol picante de las 9. Los demás lo vieron pasar, desconcertados.

Hubo un momento de silencio, durante el que se quedaron mirando, sonriéndose entre sí. “Bueno, pues ya se despertó o se le pasó la rasca a este marica. Ya era tiempo”, dijo el conductor.

IV

El sonido era como de orquesta de güiros, como de maracas llenas de semillas secas, como los rascadores de cartón en los que sus gatos se afilaban las uñas, en las últimas habitaciones del apartamento. Pero con dolor. El sonido dolía. Las hojas iban cayendo en un recipiente que uno de los otros sostenía debajo de sus manos mientras se acumulaban dentro, producto de un otoño prematuro efectuado por manos, pero provocado por la guerra y continuado por la historia. Las palmas de las manos le ardían. Él no pensó que fuera tan difícil. Hasta entonces, creyó que era como arrancar hojas de espinaca, o como rozar pepas rojas de café que llegan a desprenderse solas por un mínimo contacto. En cambio, los otros raspaban sin parar, y entre las matas la armonía de rascadores se mezclaba a las risas del conductor mientras contaba cómo Argemiro había abierto su puerta empujando, con cara de trabado y de terror. Tuvo que parar para acomodarse algunas de las tiras rasgadas, que habían comenzado a soltarse. El de las ampollas – que a pesar de ellas ya casi completaba un costal – acudió para ayudarlo. “Qué me le pasó, venga. Hoy duerme más. Pero ahora venga y le acomodo eso”, le dijo, apretando tanto las tiras que comenzó a sentir palpar las venas de sus dedos.

“Por qué no hay disparos acá en las lomas... o por qué se escuchan tan lejos”, le preguntó Argemiro. “¿Cómo así? Es que esto no es la loma loma. Usted mismo sabe. La loma es por su casa. Esa es la loma loma. Por ahí es que mantienen muchos de los que manejan todo esto. Nosotros sabíamos que eso amanecía prendido hoy, y por eso lo fuimos a recoger así. Si no imagínese, cómo llegaba por acá”. Argemiro no entendió del todo, pero aún así asintió con los ojos. La respuesta que acababan de darle no se ajustaba en medida alguna con el mundo que conocía, pero pretendió que así lo era. No sabía si, de salir a correr, alguien podría dispararle. La sangre del

herido que habían puesto sobre el suelo alfombrado de su casa todavía la recordaba demasiado real como para arriesgarse, aunque la sintiera sólo como la sangre de un sueño. Sólo que de pronto pensó para sí mismo que la sangre de su país, por más que hubiera estudiado su historia, tampoco había sido demasiado distinta de la sangre de sus pesadillas, vistas desde la realidad que tenía acostumbrada. Entonces pretendió que su nuevo reflejo era el suyo. Pretendió llamarse Argemiro. Pretendió que vivía en la loma loma, que era un raspachín y que Toribío y sus fincas aldeañas existían realmente. Se convenció de que el Acuerdo y la paz no eran más que anacronismos mucho más lejanos que los disparos que todavía se escuchaban, desde allí en medio de las matas, donde miraba a sus propias manos, ya empolladas en los costados.

Los costales comenzaron a colmarse. El coro de risas y conversaciones comenzó a disminuir, al mismo tiempo que el sol aumentaba y ya no golpeaba en los rostros de forma oblicua, sino directamente sobre las frentes, sobre los cuellos, rojos y perlados de sudor. Ninguno se aplicó nada como bloqueador solar. Lo que valía un sólo bloqueador solar del Carulla a unas cuadras de su edificio era casi lo mismo que iban a darles por una de las roas que apenas terminaban de llenar. Lo que se registraba en un segundo al pagar en un supermercado equivalía a lo que les había tardado casi tres horas completar, bajo el bochorno del día, sobre la tierra caliente, con sus manos color verde y marrón. Las pequeñas lomas se sucedían una tras otra, como olas estáticas, veteadas sólo con pequeñas líneas marrones o negras que, como arterias que revelaran su cuerpo, las comunicaban entre sí. Le pusieron una gorra de jardinero más ajada que las tiras en sus dedos. Argemiro había dejado de pensar hacía mucho. Fundido en la labor, raspando, automático, incesante, era como un segundo tipo de mata enraizado a la tierra junto a las hojas que caían, y caían, y caían en los recipientes.

Nada iba a pasarles, pero si les hubiera pasado, el único testigo habría sido el cielo azul y límpido sobre sus cabezas, y las ramas que una a una, iban quedando peladas, sólo cubiertas de algunas hojas que se habían resistido a mutilarse para no ir a parar, transmutadas entre químicos, a la nariz de un cualquiera en alguna rumba de discoteca en la ciudad. Para no ir a parar a la nariz de alguien que ignoraría por

completo las cicatrices en las manos de quien las había arrancado.

“Terminamos, señores. Vámonos de acá”, dijo el conductor. Argemiro se echó dos costales llenos sobre los hombros. El hombro lastimado ya no le dolía. Se lo había curado el dolor. Volviendo por donde habían llegado, cruzaron unos 50 metros de camino entre las matas sin raspar, que los miraban pasar impávidas y silenciosas, ajenas a la guerra y a todas las culturas. Si las destinaban a laboratorios, estaba perfecto para ellas. Si las destinaban a rituales, estaba perfecto para ellas. Si las llamaban drogas, tradiciones, leyes o proyectos de sustitución, también lo encontraban perfecto. Ellas no eran más que matas, sustraídas a las botas que pasaban a sus lados, otorgándoles valores y destinos humanos. Si las respetaban, lo agradecerían; pero si no lo hacían, sobre todos los odios, cuerpos y sangre, encima de todos los engrimientos de la guerra, volverían a brotar desde el abono dejado por todos sus huesos y todas sus historias.

Argemiro escuchó a un pájaro cuyo canto semejaba gritos humanos. Con el peso de ambos costales sobre los hombros, sólo podía ver las botas negras y gastadas de quien caminaba inmediatamente delante suyo. Oía a humedad y cierto aroma ácido que parecía salir más de sus propias manos que de las matas alrededor. Llegaron hasta la caseta de madera. Descargaron los costales sobre el suelo. Mientras el conductor y otro los pesaban sobre balanzas, Argemiro y el de las ampollas (que ahora también compartía en sus manos) se limpiaron la cara con agua sacada de los mismos recipientes en los que antes habían recogido las hojas. Otro de los hombres salió del baño, y les pasó una toalla mediana para secarse. “Bueno, no terminamos tan cogidos del tiempo. Yo pego con Wilder y con Iván pa’ donde nos vemos con esta gente. A Ramiro lo dejamos en el camino y a Argemiro lo arrimamos a la casa si quiere. De ahí bajamos”.

Hicieron el mismo camino de regreso. Pero a diferencia de antes, ya nadie habló. Uno sacó un teléfono con la pantalla rota, y comenzó a mirar estados. Los demás colocaron toallas y trapos sobre los bordes de las ventanillas, apoyaron las cabezas encima, y a pesar del traqueteo del camino, parecieron dormir o descansar con las viejas gorras de jardinero puestas sobre los rostros. El conductor encendió un

reproductor que no había usado durante el primer trayecto, y colocó una especie de cumbia que Argemiro (o quien solía ser) no había escuchado antes. Mientras tanto, se miró las manos. Las líneas estaban manchadas de tierra, como marañas de innumerables vasos sanguíneos que las cruzaran por encima. “La quiromancia es impracticable con los raspachines”, pensó. Se desanudó las tiras amarradas a los dedos. Lentamente, sintió que la circulación les regresaba, y que pasaban de un tono púrpura saturado al tono trigueño de su nueva piel. Entonces hizo como los otros, colocó una toalla libre sobre la ventanilla, se recostó, y por primera vez en su vida fue arrullado por un camino de piedras al quedarse dormido.

“Argemiro, hermano. Ya llegamos a su rancho. Bájese que ahora sí puede dormir pa’ que se le pase esa rasca”, escuchó que le decía el conductor, mientras uno de los otros le punzaba el espacio entre la rodilla y la pierna con dos dedos, para despertarlo. “Así quedamos, como siempre. Después le traigo su parte, o cuando nos pillemos... Hablamos pues”. Los demás rieron, aunque ahora con una mezcla de diversión y de cansancio. Se despidieron con monosílabos y murmullos, antes de recostarse de nuevo. El conductor salió, repitió el proceso de la silla, y abrió camino para Argemiro.

Una vez afuera, lo abrazó, le dio dos palmadas en la espalda, y subió de vuelta a la camioneta para acelerar e irse. Argemiro vio cómo descendía por el nuevo aspecto de la Avenida cuarta oeste, de Cali, de alguna parte de Toribío, o de donde fuera. Miró al cielo azul, miró hacia el horizonte hecho de lomas. Tosió, y escupió al piso. Enderezó el cuello ante sí, y entonces miró la fachada de la casa. Pintada de un amarillo pálido descascarado en las esquinas, con la típica figura de una puerta en medio y dos ventanas a los lados, la sintió familiar y añorada, aunque no encontrara en su memoria ningún equivalente de ella. Pero exhausto como estaba, se acercó, sacó de su bolsillo unas llaves que no recordaba haber puesto allí, y abrió la puerta. Adentro seguía el mismo televisor, los mismos cuadros con fotos familiares en las paredes, el mueble sencillo, y la silla rimax blanca a su costado. Lo único que seguía sin ajustarse a toda la imagen ante sus ojos era el elevador, que ahora miraba de frente desde la otra dirección. Su puerta impecable, metálica y enorme llenaba casi todo el espacio de una pared interior de la casa, al fondo.

Pero absorbido por el sueño, sugestionado por la necesidad de creer en esa realidad absurda aunque palpable, se adelantó hacia el elevador, oprimió el botón y esperó.

V

Cuando la puerta se hubo abierto, reencontró el piso color rojo bandera. Sólo que ahora de un tono menos brillante bajo las luces blancas, más bermellón oscuro, y con cierto olor a hierro que llenaba todo el espacio cerrado. Oprimió el botón que indicaba el piso 7. Se dio golpecitos con los dedos inflamados de una mano sobre el costado de la otra, que sostenía la gorra de jardinero que había olvidado devolver a su dueño, quien quiera que fuese. En el elevador sonaba la acostumbrada música ambiental, y mirándose de lado en uno de los espejos laterales, se preguntó si las manchas marrones y verdes en su pijama o ropa de estar en casa iba a poder sacarlas la lavadora. No supo decidir si sería de su agrado realizar el mismo recorrido junto a los muchachos en ocasiones futuras. Sin duda no le complacía el dolor en las manos. Pero al menos para desaburrirse de la habitual quietud de su vida desinfectada, diáfana, moralmente purificada de todo lo exterior a su madriguera, le pareció un estímulo digno para su vida imperturbada.

El elevador se detuvo. La compuerta se abrió. Pestañeó con sueño. También ahí afuera y ya en su piso, seguía el mismo recorrido de manchas, aunque ya no rojas, sino del mismo tono de aquellas en el piso del elevador. Se llevó la gorra a la boca, para cubrírse la y bostezar. Salió mientras la cancioncita ambiental dejaba de escucharse a sus espaldas, y comprobó que, en efecto, la puerta que el cuarto hombre había echado al suelo a lo mejor seguía en el suelo, puesto que su marco aún estaba vacío. Adelantándose hasta allí, se detuvo para observar. Ya no había nadie. La sábana antes blanca y ahora roja estaba tirada sobre la alfombra de cualquier manera. En el costado izquierdo, los pedazos del gran espejo roto seguían idénticos. En un rincón cualquiera, los diplomas que había arrancado con pánico y arrojado al suelo – que alguien había movido – dejaban leer su antiguo nombre, y adivinar su pasado oficio. Pero aparte de todo eso, sólo una cosa estaba

fuera de lugar, tal y como recordaba haberlo visto por última vez hacía unas horas, cuando se había ido expulsado por quienes arrojaron la puerta: Desde debajo de la cama, dos ojos y una cabellera desgreñada de mujer se asomaron furtivamente al escuchar sus pasos. Argemiro miró con curiosidad. Tuvo que esforzar los ojos que se habían acostumbrado al brillo caliente del sol para mirar bien dentro de ese interior frío. Era la esposa.

“Y... ¿y vos quién sos? Ya acá no queda nada. No tenemos nada. Sus amigos se fueron hace rato y yo estoy esperando a mi esposo... ¡nomás esperando a mi esposo metida acá!”. Argemiro se la quedó viendo, con curiosidad redoblada, pero sin temor. “Mi amor, soy yo. Te tengo que explicar. Ha sido un día muy loco, he aprendido muchas cosas. ¿Hay almuerzo?... Vengo con un hambre”. La mujer sacó un poco más la cabeza de donde estaba. Intentó reconocer al hombre que decía ser su esposo, y que en efecto hablaba como él. Pero luego de varios segundos de silencio, respondió ahora desde un tono que mezclaba la histeria y la ira. “¿Qué... qué está diciendo? Vos no sos Fabián, indio de mierda. Salite de la casa, y de nuestro edificio también. Sálgase ya mismo de acá. Llevate tus problemas a otro lado. A ustedes les dieron tierras y lomas, como para que estén viniendo por acá. Esto es horrible... esto... no había pasado nunca. Explíqueme qué es esta mierda, porque yo no entiendo nada... ¡Devolvete para tu loma!”, dijo la mujer en una ráfaga de gritos y quejidos tras los cuales hizo una pausa, pareció atragantarse con su propia saliva, y luego de un momento de vacilación preguntó con gesto de terror: “¿Vos... Usted le hizo algo a Fabián?”.

Nunca antes la vio sin maquillar a esas horas: más por eso que otra cosa creyó captar su miedo. Argemiro la observó con atención antes de responder. “Mi amor, pero si soy yo, soy yo. Estoy bien, sólo estoy sucio. Además, estas son las lomas. Nosotros también vivimos en las lomas”, le respondió. “¿Pero de cuáles lomas me está hablando? Qué es esto tan horrible. ¡Por favor, en serio váyase de acá! Déjenos vivir en paz. Ya se firmó un Acuerdo, ya vivimos todos bien acá, estábamos viviendo bien acá hasta hoy... ¡Lárguese!”.

Argemiro se calló por un momento. Entendió la situación. Comprendió que si

mentalmente no regresaba al instante en el que él mismo había salido expulsado de su casa por el cuarto hombre, no podría establecer comunicación alguna con su propia esposa, que estaba presa del pánico, allí debajo de la cama, y sin maquillar. Desde luego, muchas cosas habían cambiado en muy poco tiempo. Miró a los objetos destruidos de su otra casa, alrededor. Miró otra vez sus manos, sucias e hinchadas. Mientras pensaba, agitó el gorro de jardinero. Pero incluso creyendo haber comprendido la situación, lo primero que se le pasó por la mente como respuesta – a decir verdad, era todo lo que habría podido decir – sólo fue una pregunta: “Mi amor, pero... ¿cuál Acuerdo?”



Escrito como parte del proyecto
Arando tierra y palabra.

2025 ©

Las Lomas no existen

Junto a la guerra, el amor o la justicia, la tierra y su propiedad es uno de los dilemas más antiguos en la historia del mundo. En casi todos los lugares y todos los lenguajes, es posible toparse con las heridas y cicatrices que, en la misma medida, deja tanto en la tierra como en los seres. Del Señor feudal a la Corona, de la Corona a la Burguesía, y de la Burguesía a entes privados o corporativos, la tumultuosa historia de su propiedad nos dejó siempre una conclusión única: que la tierra puede ocuparla casi cualquiera, pero a la larga, que nadie puede conservarla para siempre... y en el caso de Colombia, que cualquiera puede aislarse de la guerra en ella, pero que tarde o temprano, esa guerra también llega hasta su puerta.

